

EL CULTERANISMO Y LA POESÍA MODERNA

REVISTA DE LA ESCUELA DE INGENIERIA

EL CULTERANISMO Y LA POESÍA MODERNA

UN culto catedrático de la Corte, don Nicolás González Ruiz, a propósito de una conferencia dada recientemente en la Academia de la Historia sobre Menéndez Pelayo y la poesía española, ha considerado extensivo a una buena parte de los poetas modernos el juicio harto riguroso que Menéndez Pelayo aplica al Góngora de las *Soledades*. «Estos defensores de tan mala causa, dice, no perdonan a don Marcelino que los calase tan bien al calar a Góngora.»

No se halla descaminada—a juicio nuestro—la denominación de gongoristas para una gran mayoría de los poetas modernistas, aunque por respeto y admiración al egregio y altísimo poeta, autor de tantas bellísimas letrillas y de tantos romances exquisitos y de delicadísimas canciones, quisiéramos desarraigar de nuestros libros de literatura, por impropio y por injusto, el término «gongorismo».

Término impropio, ya que sólo se le emplea para subrayar lo que Góngora tiene de impugnable, y en cambio se da al olvido su producción primera que tantísimas bellezas atesora.

Término injusto además, porque admitido como vicio el amaneramiento, oscuridad y afectación que implica el culteranismo, ni es exclusivo de nuestro poeta, pues en él incurrieron al mismo tiempo otros muchísimos escritores, tanto líricos como dramáticos y lo mismo poetas que prosistas, ni es siquiera privativo de su época, puesto que antes y después de ella se produjo y seguirá produciéndose.

Es en efecto el culteranismo la eterna y lógica y natural reacción contra el empleo de formas artísticas inexpresivas, ya por excesivamente trilladas y manoseadas cuando no amaneradas y artificiosas.

El alto anhelo de renovación y de encontrar cauces nuevos, objetivos distintos y horizontes inabarcados, instinto de juventud (aunque a veces se haya dado como en Góngora no en la mañana sino en la tarde de su producción), tal es el determinante del nacimiento de esa modalidad literaria.

Y ese mismo estado anímico es el que en la actualidad aletea en el seno de nuestros poetas y aun de nuestros artistas modernistas.

Que no tienen de censurable—y es aserción avalada recientemente por la autoridad de Paul Bourget en una carta suya publicada en el último número de *Annales*—no tienen de reprehensible sino el irreflexivo e inmeditado desdén que entrañan a veces respecto a los viejos totalmente incomprendidos.

«Pero no dudemos en reconocer—prosigue Paul Bourget—que existe ahí un fenómeno vital y necesario para el desenvolvimiento de la literatura.»

De esa necesidad de ambientes nuevos y de emociones y sensaciones aún vírgenes, que es acicate al artista (aquí al poeta), se sintieron y sienten espoleados igualmente Góngora, sus coetáneos y nuestros poetas actuales.

Pero aguijoneados del «odio al profano vulgo» que dignifica y espiritualiza al artista, en alas de una generosa inmoderación, saltan los límites de lo perfecto que es «ne quid nimis» y serenidad y armonía y equilibrio, y por huir del escollo de lo ya trivial se estrellan en el bajío de lo tenebroso, de lo descoyuntado, de lo excesivamente recargado con adornos.

«Escribimos para una selección», dicen por justificarse.

Y ¿cuando el arte se ha vuelto de espaldas a la generalidad y ha renunciado a las concepciones espléndidas, que no por ser tales dejan de ser comprendidas por las muchedumbres, a los finísimos sentimientos plenamente humanos aun cuando sean percibidos analizados y reflejados sobre-humanamente?

No consiste el ser poeta en escribir únicamente para los iniciados, sino como los iniciados o, por mejor decir, como los privilegiados; de otro modo aquel que escribiera en clave que él nada más conociera sería el poeta más excelso.

Escribir como escogidos no para escogidos; he ahí el punto del arte.

Góngora acertó con él frecuentísimamente en su primera época, como también aciertan algunas veces nuestros poetas modernistas. Mas unos y otro, con nobilísimo pero extremado ar-

dor de superación, traspasan el justo medio; y en esa transgresión consisten igualmente el culteranismo y el conceptismo, el uno en el campo de la forma poética y el otro en el de las ideas.

¿Quién negará la belleza de innumerables poesías de Góngora en su llamada primera manera? En todas ellas late sin embargo el mismo loable germen de renovación que retoña con viciosa exuberancia en sus últimos poemas.

Y otro tanto es de decir de nuestros poetas actuales.

El ansia noble de flexibilizar más el idioma pisa los lindes de la violentación desmedida, en poesías no lejanas del Góngora de las *Soledades*, como ésta de *Versos Humanos*, libro premiado en el concurso nacional de literatura, 1924-25:

«Cantar de los cantares,
Todos los días
Cantar.»
Está muy bien, poeta,
tu lírica receta.
Pero también
Vivir de los vivires
Todos los días
Vivir,
Amar,
Morir de los Morires.

Y sin embargo el culto y joven catedrático de literatura del Instituto de Gijón, Gerardo Diego, autor de esa poesía cogida al acaso, puesto a escribir—como Góngora—con sencillez mayor, produce poesías bellísimas como ésta, sacada al azar también del lindo librito *Soria*:

Nunca olvidaré tus tapias,
camposanto del Espino,
único huerto de Soria,
único huerto florido;
junto a aquel maldito erial,
aquel osario de siglos,
junto al cerro que corona
el calvario del castillo.
Jardín de plantas y mármoles
donde florecen los huesos,
donde florecen las cruces,
santas cruces de los muertos.

Era un día absorto y mudo,
un torpe día de invierno,
cuando subió aquel amigo
que desde entonces no ha vuelto.

No ha ido, pues, descaminado, como al principio decíamos, el distinguido crítico literario señor González Ruiz, cuando entre los culteranos (borremos la palabra gongorismo por homenaje al Góngora admirable) incluye a la mayoría de los poetas modernistas.

F. CASTRO GUIASOLA.

Almería abril 1927.

